

SEVILLA: CORTIJO EN EL MUSEO DE ARTE CONTEMPORANEO

En el Museo de Arte Contemporáneo de Sevilla, y con la colaboración del Centro de Arte M-11, Casa Natal de Velázquez, Francisco Cortijo ha expuesto 50 AGUAFUERTES. Uno de los más significativos artistas sevillanos de las últimas décadas ha reunido una larga muestra de su trabajo en el campo del grabado. Medio centenar largo de obras, realizadas con la técnica del aguafuerte —aunque también aparece el barniz blando, la resina y la punta seca—, que son una rica panorámica del dominio del oficio, de la «complacencia» en el trabajo, de la «estabilidad de ideas» en la que se ubica Cortijo.

El dominio del oficio, en el que Francisco Cortijo se acrecienta cada día, es el resultado de un largo camino de un artista que desde hace más de veinte años responde a la llamada cotidiana de su trabajo. Pero lo laborioso no implica necesariamente lo azaroso, todo lo contrario, puede portar consigo una auténtica complacencia, un gustar de las dificultades que el reto del hacer comporta. Aquí está la reconocida motivación de Cortijo pintor: lo es por necesidad, por imperiosa exigencia de su naturaleza, que se complace, se solaza, se crece, volcado en el lienzo, en el papel o en las planchas. (He pensado a veces si la voluminosa humanidad de Cortijo no se alimenta acaso más en ellos que en los sabrosos guisos, adobos y demás manjares que Lola, su mujer, cocina.)

Pero la clave pública del trabajo de Cortijo está en su estabilidad de ideas pictóricas. Desde las posiciones que se adscriben consciente o inconscientemente a un concepto tradicional del arte, autores o degustadores de artefactos estéticos, o sea, desde el oasis de la brevedad del arte burgués incluíble en el ciclo individualizado, artista-obra-perceptor, las obras de Cortijo pueden ser, son, aceptadas o rechazadas a dos niveles, en orden a su bondad autónoma y en orden a su «tendencia». Dejemos la libre decisión que cada uno aplique para sí con respecto a ellas. Con relación a la segunda, la idea de pintura que Cortijo posee, desde siempre y para



siempre —eso parece—, se basa en la utilización de un lenguaje realista fácilmente identificable, sencillo, limitado, familiar; las extrapolaciones del discurso y las licencias técnicas y de factura nunca perturban ese nivel asequible, nunca escuden —más allá de su natural hermetismo— el mundo personal de Cortijo. No hay otros problemas, no existen otras preocupaciones «culturales», no está presente ningún conocimiento —menos alguna militancia— de las tendencias penúltimas o antepenúltimas en las que se suelen ubicar nuestros últimos.

¿Es positiva o negativa la estabilidad, la quietud, el inmovilismo —según cada cual—, de la obra de Cortijo? Creo que ese juicio es relativo en función a las ideologías desde las que se emite. Al final, quien se acalore en ello no hará más que reflejar, en un ejercicio autoconsolador, los fantasmas de sus mitos y sus utopías «artísticas», la ceremonia para iniciados tan propia de la ambigüedad burguesa.

En los «artistas», salvo contadas excepciones, se suele producir, al margen de su historicidad y aunque parezca paradójico, una dicotomía entre historia personal y evolucionación del arte que le es coetáneo;

cuanto más entre historia personal y proceso global, explicación de tantas contradicciones entre persona civil y creador. Es común apreciar en gran número de artistas, de calidad reconocida o no, un cierto grado de suspensión del «tiempo histórico-artístico». En los últimos decenios la aceleración de las tendencias, es más, de las concepciones del arte, ha alcanzado un ritmo mayor que el que corresponde a las fijaciones que se suelen operar en la producción artística de los autores. De aquí que la lectura del carácter progresivo de la tendencia a la que la obra cabe adscribir sea siempre provisional.

Francisco Cortijo, en esta exposición de grabados, ofrece la galería de sus personajes. Son sus padres y él mismo, algunos amigos, los fantasmas familiares, como soporte de su propio mundo interior, ejemplo sensibilizado del mundo interior del hombre de nuestro entorno: con sus temores, sus miserias, sus angustias económicas y de todo tipo, sus ironías, sus alegrías, sus desconuelos, sus ternuras... En definitiva, el choque entre el proyecto de humanidad gozosa que llevamos dentro de la tragedia del país y de la sociedad. Máscaras y túnicas, trajes de luces y poses, monteras y chisteras, bastones y flautas, las sillas de enea y los poyos, son los atributos de los seres de Cortijo, los símbolos de la realidad que él ha seleccionado.

Es necesario enjuiciar históricamente a los artistas, y a Cortijo cabe hacerlo como autor significativo de nuestra cultura española posterior a la Guerra Civil. Conociendo nuestro proceso histórico comprendemos la elección expresiva que Cortijo efectuó. Pero la evolución de su trabajo, o el contenido de su última exposición de grabados, es difícilmente enjuiciable sin introducir en el juicio a Francisco Cortijo Mérida y lo que de él ha sido desde 1936. La «obra de arte» es susceptible de ser aceptada o rechazada por sí misma. La producción de un «artista» a lo largo del tiempo reclama un juicio global de obra y autor.

Victor PEREZ ESCOLANO

ANIS MIURA



CAZALLA

Destilerías de Cazalla, S.A.

(Antes LUCENA HNOS.)

SEVILLA · ESPAÑA

SABOR DE BUENA CASTA

